

stream de los navegantes ingleses, ó gran corriente equinoccial, cuyas aguas tienen veintidos grados de temperatura. Cuando estas aguas que desembocan por el canal de Bahama llegan á la altura del banco de Terranova, encuentran las aguas medio heladas del polo Artico, y siendo estas últimas mas pesadas, se precipitan y determinan la corriente polar que arrastra consigo las masas de hielo divididas ya por los vientos de N. O. que reinan entonces, y que contribuyen á arrojarlas en el *Gulf stream*, adonde concluyen por derretirse despues de trastornarse muchas veces cuando la base llega á ser mas ligera que la parte superior.

Mayo 4 de 1843.—J. M. Despreaux.

PITA DE PIÑA.

HACE algun tiempo comenzaron á llegar á México telas finísimas hechas de una pita que se saca del maguey de piña. Extraetamos de un periódico literario de la Habana (el *Plantel*) los siguientes pormenores sobre esa pita, á la que impropia-mente se dá el nombre de *seda*.

La pita, cuyo fruto se la considerado hasta aquí como un manjar sabroso y de lujo, presenta hoy un nuevo interés por haberse descubierta que las hojas de las fibras que contienen las hojas de la planta, son de tal cualidad, que dejan muy atras por su delicadeza y suavidad, á todas las demas materias primarias que sirven de base á nuestras fábricas de tejidos.

Las hebras de la hoja de la piña están dispuestas en hacedillos, como las del lino, siendo cada fibra aparente una reunion de muchas adheridas entre sí, de tan superior finura, que solo tiene $\frac{1}{200}$ de parte de una pulgada de diámetro. Miradas con el microscopio, presentan grande semejanza con la *seda*, tanto por su blandura, como por su suave tejido: no se le distinguen juntas, ni ninguna otra irregularidad: son transparentes en estremo, sobre todo si se ven al traluz; muy elásticas, de extraordinaria firmeza, y reciben con la mayor facilidad las tintas mas delicadas: lo cual sorprende mucho mas al considerar el trabajo que cuesta teñir el lino, pues ofrece tal resistencia, que á duras penas se puede, no ya impregnar en sus fibras, sino poner en su superficie los colores mas oscuros.

El modo de preparar los filamentos de la piña no puede ser mas sencillo. Si se examina una hoja (ó *penca*) de esa planta, se verá que se componen de la reunion de varias fibras que se levantan paralelas de una estremidad de la hoja á la otra, envueltas en una suava pulpa: pues todo consiste en poner la hoja bajo de una máquina (*tilt-hammer*) cuya rápida accion la magulla

completamente en pocos segundos, sin dañar en lo mas mínimo la fibra, que queda reducida á una ancha madeja; despues se lava en agua dulce para limpiarla de sus inmundicias, y se pone á secar á la sombra: tan sencillo y rápido es este método preparativo, que al cuarto de hora de cortada la hoja, puede entregarse al fabricante como una fibra lustrosa y blanca con toda su fuerza no disminuida por la maceracion, la cual produciendo en parte la putrefaccion, no solo daña al vigor del lino, sino que tambien le amortigua su color.

“Parece que ya hace tiempo que en las Indias Orientales se usan las fibras de la piña para tejidos tan finos como los del tafetán ó el olán bañista; al menos se nos ha asegurado que en esta ciudad (la Habana) hay un vestido de señora, y un pañuelo de esta clase, que vencen en delicadeza y suavidad, á los mas ricos de hilo ó de seda que jamas se han visto.”

Siendo tan abundante en los países calientes de México la planta de la piña, y tan poco costoso su cultivo, es de creer que la extraccion de la pita de aquella planta, será dentro de poco un ramo lucrativo, pues es probable que los tejidos de pita de piña se generalicen cada dia mas como objetos de lujo. La Europa no puede cultivar en grande aquella planta, y por lo mismo la pita de la piña llegará á ser en muchos puntos de América un artículo de esportacion, que será manufacturado en algunas naciones donde la industria no esté tan atrasada como en México.—L. E.

BORDADOS DE CANEVÁ.

MUCHAS veces hemos admirado la belleza de estos bordados, en los que tanto brilla el buen gusto y la habilidad artistica de las señoras mexicanas. Es de creer que el bordado en canevá con hilo de seda ó lana sea con el tiempo uno de los principales entretenimientos de las jóvenes que se educan en los hospicios y colegios de la república. Desearíamos por lo mismo que no se consumiese en aquellas preciosas obras el estambre ó lana estrangera, y que los artesanos del país se dedicaran á hilar y teñir la lana del modo que se necesita para los bordados de que hablamos. Tenemos ya en México lanas finísimas de merino, que se pueden hilar tan delgadas como se quiera, y que reciben los colores mas brillantes. Es, pues, una desidia el no aprovechar estas lanas en los bordados de canevá para los que no se usa todavía sino lana estrangera.—E.

La avaricia es la puerta de oro con que los viejos quieren cerrar la entrada de la tumba.

Los pobres nunca tienen parientes ricos.

¡¡¡POBRES AMANTES!!!

I.

LA REVELACION.

AUN no oreaa el soplo del tiempo, la sangre del caudillo de Cuautla; el pueblo reposaba de su lucha obstinada entre los despojos de sus hijos para volver de nuevo á la lid; y á la frente angusta de la libertad únicamente daba sombra el pabellon insurgente mecido por el viento abrasado del Sur.

Era el año de 1816: deseo trasladar á mis lectores á una habitacion humilde, situada en el corazon del monte de las Cruces, en un parage que hoy se llama el *Agua bendita*.

Aun no habia talado la hacha de la codicia aquellos hermosos lugares; por todas partes limitaban el horizonte, encinas robustas con su follaje sombrío, pinos gigantescos y cedros de ramaje estendido; del fondo de las profundas barrancas asomaban su cabeza árboles altísimos, y el arroyo brillante como la plata fundida iba engendrando en su carrera flores silvestres que ó se mecian solitarias en las grietas de las rocas, ó tapizaban el humilde suelo con sus vivísimos colores.

En el centro de este paisaje austero y silencioso blanqueaba la humilde habitacion donde deseo colocar á mis lectores.

Era la noche; la tempestad se ensoñeaba de las montañas, gemía el ramaje de los árboles y el bramido de las fieras respondia al trueno, repetido por el eco de las barrancas.

Era un cuarto pobrísimos con su techo de paja en que resbalaba sonando la lluvia; una sola bujía de luz vacilante frente á un severo Crucifijo alumbra la estancia, á su lado se distinguía el modesto lecho de una muger moribunda.

Habia sido hermosa, sus desordenados cabellos se estendian sobre el blanco lienzo de las almohadas y rodeaban el rostro de la enferma; veíanse sus ojos errantes y las tintas negras de sus mejillas y de su labio superior.

Sus manos como buscando alguna cosa, con los dedos separados, aparecian y desaparecian entre el ropaje que las cubria, era la lucha de la agonia: á veces se abandonaba silenciosa al sueño éarético, á veces sonreía con la incierta esperanza de la vida, á veces una sola lágrima quedaba sobre su mejilla inmóvil.

Una niña como de catorce años calentaba sus pies con su cuerpo y murmuraba varias oracio-

nes cristianas en voz baja; ningun otro ruido perturbaba la escena, á no ser el zumbido del viento desencadenado y los traquidos de las ramas de los árboles que tronchaba la tempestad.

Abrióse repentinamente la puerta, apareció un guerrero empapado por la lluvia, seguido de su fiel asistente.

La niña se arrojó á sus brazos con júbilo, la moribunda hizo un esfuerzo, se medio levantó tendiendo los brazos y clamó: ¡Miguel!!!

—¡Madre!

—Ven, acércate, ¡Miguel mio, abrázame!! No sabes todavía cuántas cosas tengo preparadas para tu vuelta; una camisa bordada por mis manos, un traje hecho en México á tu medida, mi Miguel, porque tenia en la memoria los tamaños de tu cuerpo.

—¿Que ha tenido mi viejecita, mi mamá linda, picarona? ¿Qué se quiere morir! Vamos, nada de lágrimas, porque me voy, á ver mis ojos, ¡sin lágrimas! Dios ha de querer que se restablezca V. cuanto antes.

—Yo creí que la noticia de mi gravedad te llegase demasiado tarde.

—Hace cuatro dias la recibí: mira, Lolita, cubre los pies de mi madre, así calientalos con tu cuerpo. El general me mandó al pueblo por viveres y allí encontré al correo y estraviando camino, porque no me encontraron los realistas, he venido; pero no es tarde, porque ahora todo se remediara.

—Se habia rehusado, interrumpió Lolita, á tomar alimento y medicina hasta que ti vinieses; yo bastante le rogué á la Virgen Maria; porque si te hubieras demorado.

—Nada de funestidades, ahora se curará V. ¿Qué es esto! No me responde V., madre, mamá! La enferma habia caído en un letargo profundo, parecia dormir, y la sonrisa estaba sobre sus labios.

—Miguel, yo no tengo esperanza, anoche queria mamá dejar la cama, y este es un mal síntoma: decia, que una señora muy linda la llamaba y estaba con los ángeles á la salida de una cañada muy oscura; yo aunque sabia que era la Virgen lloraba y le seguia calentando sus pies que parecían de nieve.

Tan sentida era la voz de Lolita, que el asistente rudo se limpió los ojos y quedó inmóvil, con la vista fija en su abatido capitán.

—Hijo mío, exclamó volviendo en sí la señora; forzoso es decirte todo, resignate en Dios, y escúchame.

Todos guardaron un respetuoso silencio, se retiró el asistente, y quedaron los jóvenes en espíritu de escuchar á la enferma, que despues de un momento de vacilacion habló en estos términos:

—Ya me han oído contar otras veces, hijos, la dolorosa muerte de mi esposo, combatiendo por la libertad del país; ella fué causa de que tú abandonases tus estudios y como mil otros jóvenes te arrojaras en la turbulenta carrera que ahora sigues; ella también, hija mía, te trajo á mis brazos por una casualidad singular.

—Tu padre era compañero de armas de mi esposo; aunque nacido español, abrazó con entusiasmo la causa del cura Hidalgo, y esta circunstancia le atrajo el odio de tu opulenta familia.

—Tú, Lola infeliz, habías perdido á tu madre y veniste á mi antes de articular con claridad las palabras. Murió tu padre como valiente y te dejó el cuidado de mi esposo, que pereció también. Lanzado mi hijo en la revolucion, perdidos nuestros bienes, inscritos nuestros nombres en la lista de los traidores al rey, me retiré á estos lugares donde yacian los huesos insepultos de nuestros padres.

—Yo educaba tu corazón, yo aspiraba los primeros perfumes de tu temura, yo te vi crecer hermosa y llena de virtudes. Yo te sorprendí mil veces arrodillada ante la Virgen orando por mi hijo el insurgente.

—Cuando te referia sus hazañas, temblabas de sobresalto por sus peligros, y veía el regocijo y el orgullo que producian en tu alma sus triunfos.

—Mil veces al presenciar tu humilde oscuridad y las miserias de que te hacia yo participante, te insinuaba el esplendor de tu familia y su valimiento en la corte; estas conversaciones las interrumpian tus sollozos, y yo lloraba tambien de reconocimiento á tu cariño.

—Poco á poco note que á este sentimiento se unia otro mas ardiente, y yo insensata me complacia, con un porvenir tranquilo en los brazos de dos seres idolatrados á quienes por mas de un titulo podia llamar hijos míos.

—Era hermoso para mí ver á mi niña pura y sencilla, emulando al guerrero á quien entouces acariciaba ufana la victoria; todo pasó: la sangre de Morelos parecia haber apagado todo sentimiento patriótico, y refugiada la libertad en las montañas del Sur, dejó huérfanos los pueblos que la victoriaron en su marcha triunfal.

—Ambas con sentimientos distintos; pero igualmente apasionados, lloramos por el insurgente, él era nuestro amparo, nos fallaron todos los auxilios, y yo te veía morir de miseria y de

amor, teniendo en mi mano los medios para aliviarte al menos de la primera.

—Perdon, hijos míos, perdon: yo al tomar la pluma para recurrir á la beneficencia de los parientes de Lola, decretaba mi horrible aislamiento y la perdicion de mi hijo. Era forzoso hacerse superior á tan críticas circunstancias, escribí á tu familia; sin esperanza alguna escribí á mi hijo, y de ambos conductos recibí respuesta; mi hijo ha llegado junto á mi lecho, tal vez para aborrecerme, porque lo recibí con la noticia de tu separacion."

Dijo, y la exclamation en que habia estado su espíritu la hizo succumbir al desmayo: los jóvenes se vieron sin articular palabra; ¡qué escena! Desgarraba el corazón!

—Miguel levantó el rostro de su madre, lo reclinó sobre su pecho fatigado y enmudeció, porque aquella escena sin el silencio, hubiera sido menos espresiva y elocuente.

—A poco entró Pedro, el asistente!!

—Mi capitán, he oído un tropel de caballos que se dirige hacia aquí....

—La joven se levantó aterrORIZADA, queria cubrir á Miguel: éste con su valor genial se adelantó á la puerta. Se halló frente á frente — con un desconocido.

—Vive aquí, caballero, la viuda del general N.?

—Es mi madre.

—Deseo hablarla.

—Caballero, eso es imposible; está en agonía.

—¿Podria saber de parte de quién tenemos el honor de recibir una visita tan á deshora!

—De mi coronel, el Sr. conde de H.

—De mí tío!!!

—Aquí está su carta....

Quien presentaba este documento era un hombre de 35 á 40 años, de estatura hercúlea, mirar altanero y modales resueltos y descorteses.

Abrió Miguel convulso la carta: en ella con una frialdad insultante se daban las gracias á la madre de Miguel por sus favores, ordenando que entregase al portador á su sobrina para que la condujese á México en un coche; en post-data le decía que le remitía algun dinero para que socorriese sus necesidades.

Miguel despedazó enfurecido el insultante papel, y volviéndose al soberbio enviado del conde le dijo:

—Señor militar, puede V. volver á decir al señor conde la manera debida con que he recibido su pretension; cuando esa niña huérfana y desnuda no tenia asilo, lo hallé en mi casa; sus viles parientes le rehusaban su nombre; mi padre le dió el suyo, ilustrado con su espada y su virtud. Si el señor conde supiera lo que es honor, no vendria á turbar con el ruido de su oro insultante el letargo de una moribunda.

—Señorita, sígame V.: tengo fuerzas con que hacerme respetar. ¡Hola, muchachos, hola!

—Silencio, cobarde, silencio! sus gritos de V. pueden asesinar á mi madre.

—Señor, piedad, piedad, clamaba la niña de rodillas.

—No pudo resistir Miguel: empuñó la espada, y se precipitó sobre la soldadesca, entre la cual estaba su adversario.

—Crujían chocándose las espadas, él se defendía como una fiera, cubriéndose la espalda con la pared de la habitacion, las exclamaciones se sucedian, la sangre de los combatientes corria á borbotones, los alaridos de la moribunda se perdian entre los gritos de los adversarios y los estampidos del trueno....

Despues de algun tiempo todo quedó en profundo silencio.

La madre de Miguel habia muerto en el quicio de la puerta yendo á socorrer á su hijo.... á lo lejos se oía ronder el coche que condujo á Dolores á la casa del conde, su tío.

II.

LAS DOS PROFESIONES.

Al dia siguiente algunos viajeros condolidos llevaron á la iglesia de los padres del Desierto el cadáver de una muger y á un joven gravemente herido, para pedir la sepultura de la primera é implorar la hospitalidad para el segundo.

Eran los últimos dias de la convalescencia de Miguel: en una noche de solemnidad religiosa en el convento, imploró de los padres pasar á la iglesia con la comunidad á dar gracias á Dios por su restablecimiento.

El templo estaba perfectamente iluminado, robustas hachas de cera fulguraban sobre el altar, y en las cornisas y candelas, en el centro del tabernáculo, reverbera la custodia de oro y piedras preciosas: blancas nubes de incienso ondeaban subiéndolo por las altísimas bóvedas, y mezclábase á los acentos angélicos del coro y á los sonoras voces del órgano.

Esta festividad en medio de la noche en el centro del desierto, aquel templo respirando el perfume del incienso y los aromas de las flores naturales que adornaban el altar, las ideas religiosas de Miguel y su imaginacion vehemente, y el contraste de las tempestades de su alma con aquella tranquilidad augusta de la religion, exaltaron su espíritu y lo hicieron derramar lágrimas.

Á los pocos dias el soldado insurgente vestia el sayal de los religiosos del Desierto.

Como su carrera literaria habia sido brillante, como su talento era inmenso y sublime como el Oceano, á los tres años el capitán Miguel era Fr. José de Jesus Maria, joya y ejemplo de su esclarecida religion.

Volvamos á Lolita: el coche paró á las cinco y media de la mañana en la portería del convento L. de esta capital. Las religiosas con velo negro la recibieron, y á los dos años era tambien Sor Maria Dolores del Corazon de Jesus.

III.

LA CONFESION.

Hay hombres que emplean su vida entera en necias confidencias con la naturaleza incomprensible, hombres que indagando sus misterios escritos en la hoja pequeña de manflor, consumen toda una existencia de dudas.

Hay hombres que perdidos en el estudio del corazón humano han añadido una voz al diccionario de la incredulidad y la miseria: "Desismo."

Aquellos dos rayos de luz que parecian unirse y formar una ráfaga brillante los separó el infortunio y se perdieron separados en la tormentosa nube del porvenir.

No quiero seguir á los religiosos en sus claustros, no quiero perturbar con mis reflexiones sacrilegas el silencio de la virtud; no quiero que se deslice la religión con las conjeturas en el paraíso de la inocencia religiosa.

Por una concurrencia de circunstancias que no es del caso retirar, Fr. José de Jesus Maria se secularizó y vino á México pretendiendo cierto curato que le convenia.

Como habia cundido estraordinariamente la fama de su saber y de su cautivadora elocuencia, en el intervalo de la provision de curatos le encomendaron varios sermones de estraordinario empeño.

La manera con que cumplió con sus encargos el padre del Desierto hizo ver que era muy justo su ilustre renombre.

Cuando alzado sobre el púlpito como un rey en su trono, en medio de un concurso silencioso y ardiente desplegaba su voz sonora como el harpa de los ángeles y vertia su elocuencia austera y magnífica como el cristianismo, quien lo hubiera visto con su mirada ardiente como el rayo, su fisonomía espresiva, su aureola de bienaventuranza y santidad, hubiera reconocido el tipo sublime de los apóstoles del Evangelio, al intérprete del Crucificado, grande y augusto y digno de su mision sacrosanta.

Como recorria la difícil escala de las pasiones humanas, como insensiblemente pasaba su auditorio de la atencion al entusiasmo y al delirio, y dócil, sumiso, identificado con los sentimientos del orador, lloraba enternecido y mostraba su horror á los vicios, su resignación á los males, su desprecio sublime á la muerte.

Consagrado únicamente al culto, del púlpito pasaba al confesionario, y el austero religioso era tolerante y humano con las fragilidades del hombre.

Entre la multitud de consultas que recibía, vino á sus manos una de la abadesa de un convento, suplicándole confesase á una religiosa incorregible y escándalo de su comunidad.

No solo no cumplía con las reglas de su orden, sino que su desesperación era visible y su arrepentimiento de fatal ejemplo.

Defundiase la carta, pintando cómo la monja cuyo nombre no mencionaba, desgarraba sus vestidos, desobediencia á sus superiores, mezclaba á sus rezos palabras profanas, y traía á las jóvenes con ardor de que vistiesen el hábito santo.

Ese mismo día á la hora del crepúsculo se encaminó el religioso al convento, se introdujo en su confesionario; pero la doble guarda de él no le permitió ver una sola de las facciones de la renuente religiosa.

Á sus primeras palabras conoció la voz; era Dolores; quiso lanzar un gemido profundo, quiso separarse de aquel lugar maldéfico, y desfigurando su acento le ordenó que principiase su confesión.

Era aquella confesión la historia febril y desesperada de su pasión frenética, era su delación sacrilega, era la crónica de seis años de padecer momento por momento, de desgarrar su cuerpo de vírgen con los cilicios del mártir, de mezclar un nombre profano á sus preces á Dios, de recorrer solitaria á la luz de una lámpara los claustros sombríos buscando el aire, el aire, porque es hijo libre de Dios, de golpear su frente inmaculada contra los hierros del coro, de engrasarse hipócrita á sí misma buscando medios de desterrar de su alma una memoria que era su vida misma y su adoración, de buscar en las pinturas de los ángeles otra semejanza terrena, de poblar de ilusiones y de delirios el asilo de la penitencia.

Pobre niña, hablaba esto sollozando, pegando su frente contra el confesionario, uniendo las manos, suplicando olvidar al mismo que la oía con embriaguez, con voluptuosidad.

Sonó la voz del religioso, se adivinaron los amantes, y se apartaron, ambos á recurrir á la penitencia.

¿Para qué repetir la pintura de estas escandalosas escenas?

Ya es tiempo de desenlazar este funesto drama.

Desde el día del reconocimiento de los amantes, Sor Dolores asistía dócil á sus obligaciones, era ejemplar su vida, y se atribuía generalmente su conversión al saber del prodigioso orador.

Sin embargo, la vigilante superiora del convento descubrió en medio de aquella calma un misterio incomprensible, acochó todos los pasos de Sor Dolores, y llegó por fin á descubrir que en las horas más avanzadas de la noche, en su

celda, que era en bajo y daba á una calle deshabitada, se oía un ruido que despertó vivamente sus cuidados.

Redobló su sagaz vigilancia y se cercioró por fin que Dolores con el ausilio de una daga cavaba noche á noche la pared, faltando poquísimo para que la obra se concluyese, escalando completamente el muro.

Horrorizada la abadesa dió parte á quien correspondía, y sin que nada supiese la monja, con el mas hondo sigilo se tomaron eficaces providencias para evitar la fuga, castigando á los delincentes. . . .

IV.

LA SORPRESA.

Era una noche oscurísima: á la espalda de la celda descrita veíase un coche de camino; dentro de él esperaba un jóven como de veintiocho años, completamente armado y atento á la pared, que no tenía la mas leve lesión.

Entretanto y esperando la hora convenida, Sor Dolores había dejado el tocoso sayal; rico traje de seda cubría sus formas seductoras, sonreía alegre con un espejo en que se reconocía cortisana, con los profusos rizos temblando sobre su cuello de marfil.

¿Cómo pintar su contento? Hablaba, se paseaba airosa por su celda y se complacía en arreglar su peinado elegante.

Sonó la una de la noche, el velo de la pared cayó, la jóven asomó su cabeza . . . se escuchó una voz:

—¿Lola?

—¿Miguel mío!

En este instante, al mismo tiempo la justicia rodeó el coche y se apoderó de la religiosa delincente.

¿Se habrá perdido la última página de esta historia ensangrentada, entre las tinieblas de alguna secreta prisión!

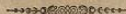
Dios lo sabe; ¡¡ pobres amantes! !!

FIN.

El egoísta es como ese animal deforme que solo sale del caracol para comer, y que se esconde luego en su concha para guardar de todo riesgo su misera existencia. El molusco del caracol está como aislado en la naturaleza, y se contenta con tener agua que absorber, y alguna roca á que adherirse. Así vive el egoísta aislado de los hombres y fuertemente adherido á su interés, como se pega el caracol sobre una peña.

La música es el mas tierno lenguaje de las pasiones; cuando el amor seduce tan melodiosamente, cuando se insinúa con este lenguaje de armonías, ¿quién puede resistirle? Se ablandarán las piedras al oírlo; por escucharlo, suspenderán su curso los torrentes.

A M O R .



I.

Flore de la juventud! abre el capullo,
Y entre las zarzas de la vida asoma:
El aura del placer con manso arrullo
Avara sorbe su oriental aroma;
Cabe el agua que corre sin murmullo
La inclina el tiempo que á los cedros doma,
Y al mirarse marchita, al agua arroja
Por turbiar el cristal, hoja tras hoja.

II.

Es la red que por campos de esmeralda
Tiende el destino en la llanura amena
Que de la edad viril orna la falda;
A las alas gemelas que encadena,
Es sangriento dogal, blanca guinalda;
Es de espigas y flores su cadena,
Y el tormento y placer nos muestra junto,
Del mundo espejo y del vivir trasunto.

III.

Pálido el rostro, triste la mirada,
Los cabellos sin orden desparcidos,
Echhalando la boca mal cerrada
Suspiros en el pecho comprimidos,
El alma por lo vago desolada,
En un infierno ardiendo los sentidos,
Sus llamas atizándole un deseo. . . .
Así vi al hombre del amor trofeo!

IV.

Fijáronse sus ojos rutilantes
En un objeto que á lo lejos mira;
Tendió hacia él los brazos anhelantes;
Su pecho se alza, con placer respira;
Sus ojos en él clávanse amantes;
Un beso ardiendo entre sus labios gira,
Y sus párpados caen desmayados
En la luz de otros ojos abrasados.

V.

¡Sueños de bendición, en que entregamos
Al placer los sentidos, la alma al cielo;
En que los blandos ojos oculamos
De lágrimas de amor con turbio velo;
En que al tacto mas leve retemblamos
Cual se estremece sacudido el suelo;
En que la mente el porvenir olvida
En los delirios de lo que es perdida!

VI.

Fuente sonora, en cuya linfa pura
Al fondo están las heces del tormento,
Y á flor la dulce miel de la ventura;
Que hidrópico de amor el pensamiento,
Quiere toda agotar; que nunca apura,
Y cuanto bebe mas, muy mas sediento

Torna al cristal el labio enardecido,
Dó el gérmen seca de su daño asido!

VII.

Amor! tú eres el fuego que mantiene
Siempre ardiendo la antorcha de la vida,
Cual vaso que una luz guarda perenne
Ante el altar de un templo suspendida:
En ti la humanidad su origen tiene,
Y cuando al fin tu luz miro estinguida,
Echará, al espirar tu última esencia,
La postrera raíz en la existencia.

VIII.

Amor! tu ser aéreo y vaporoso
Es del Eterno el creador aliento,
Cuando hacia el borde del Eden umbroso
Inclinado, de lo alto al firmamento
Desparramó su soplo prodigioso
Por las lanuras do se tiende el viento:
—Aliento que flotaba en vago giro
Del amor de Eva en el primer suspiro!—

IX.

Amor! al estrellarse en el bajío,
Arroja por despojo á la ribera
Desencajadas tablas el navío;
Y en el naufragio de la muerte fiera,
Al salvage arsenal del mundo impio
Dejamos como dádiva postrera
Hijos de nuestro amor, de nuestras vidas,
Tablas ¡ay! de nuestra alma desprendidas!

X.

Tú de la flor en el gentil capullo,
De la selva en el tocoso cortinaje,
De la paloma en el sentido arrullo,
En el ahullido del chacal salvage,
En la fuente que corre sin murmullo,
Y el torrente que brama entre el ramaje,
En la tierra, en el mar y el firmamento,
Vives y hablas al pecho, al pensamiento.

XI.

Sentir es concertar. Cuando oscura
Tiende la noche su estrellada alfombra
Por los espacios de una tarde pura,
Esos ruidos que suenan en la sombra,
Esa gigante voz que allí murmura
Y nos revela un Dios que nunca nombra,
Suenan como pudiera en la alma mía
Del amor de los mundos la armonía.

XII.

Como estruendo de fiesta en el palacio, de
Se oyen por dentro de la noche ruidos: un
Suspiros son, que van á los espacios
De unos labios amantes desprendidos;

Que la luna en su carro de topacios
Atropella en los aires adormidos,
Tal vez medrosa de encontrar entre ellos
De otro amante Endimion suspiros bellos.

XIII.

Amor! si el sueño á nuestros ojos quita,
Viertes en la alma encantador ensueño:
Si una esperanza de lo que es marchitas,
¿Cuántas nos das de porvenir risueño!
A un inferno tal vez nos precipitas;
Mas no lleva tal vez tu alivio empeño
A través de un afecto mal seguro,
De Dios á conocer el amor puro.

XIV.

Y Dios es todo amor! Ah! ven; te llama
Mi voz del fondo del herido pecho,
Como el enfermo que á los cielos clama
Desesperado en el tortuoso lecho:
Ven con tu lambre que el desden inflama:
Y halla su ardor el infinito estrecho.
Ven! yo quiero tus penas y placeres,
La cicuta y la miel de las mugeres.

XV.

Amor! cabe mi lecho solitario,
Ven de la noche en las solemnes horas,
Que van por el silencio funerario
Largas pasando al retumbar sonoras;
Pliega en mi sien cual cándido sudario
Las plumas de tus alas voladoras,
Y al grato son de tu abrasado aliento
Mis ojos cierra al velador tormento.

XVI.

Amor! tu mano bienhechora encienda
Tu antorcha en medio de la niebla oscura,
Que en sombras borra mi perdida senda.
El sol de la esperanza en ti fulgura;
Pon en mis ojos tu engañosa venda,
Y al hundirse mi pie en la sepultura
Cabe mi sien doblado con ternura,
Tu brazo pon debajo á mi cabeza.

XVII.

El sepulcro es la fúnebre barquilla
En que las playas del vivir dejamos,
Para ganar del no existir la orilla.
En el piélago oscuro que surcamos,
Si de la religion el sol no brilla,
Si á tu remo hácia el ó amor! no vamos,
¿Dó nos lleva en sus ráfagas el nota,
Sin religion ni amor, norte y piloto?

XVIII.

¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
Le torturas tu resignacion y calma.
Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
Ver como el rocío á la africana palma,
mi como al alma virtud lo es la conciencia,
Y al alma Creador la Omnipotencia.

Febrero 28 de 1843.—C. COLLADO.

FUMADORES DE OPIO.

VAMOS á dar una noticia bastante curiosa con relacion á los fumadores de ópio de la China, la cual es traducida de un escrito que ha publicado el lord Jocelyn, oficial incorporado á la escuadra inglesa que cruza sobre aquellos mares; pero antes debemos decir, que la pipa que usan es de barro cocido, y se compone de una esfera hueca, considerablemente aplanada sobre su eje, por el cual comunica por un tubo formado de una caña de cerca de 11 pulgadas de longitud. La esfera presenta en la parte media de su superficie superior, una pequeña abertura de 2 á 3 líneas de latitud. El ópio que se emplea para fumar, se tuesta antes ligeramente; en seguida se disuelve en agua, y se prepara una especie de extracto que se vende para dicho uso. Se coje una porcion del tamaño de una lenteja con la estremidad de una varilla de hierro, y se aproxima á la llama de una bujía, en términos de tostarla ligeramente, colocándola despues en la pequeña abertura de la esfera de la pipa. Se pone luego en contacto con la llama de la bujía, á la manera con que los fumadores encienden sus pipas; se inflama el ópio y se aspira el humo. Esta operacion se repite varias veces, y comunmente hasta tanto que sobreviene al fumador una especie de delirio voluptuoso, durante el cual le ofrece su imaginacion mil objetos fantásticos. Este vicio tan comun en la China, amenaza generalizarse en Inglaterra, donde se ha aumentado extraordinariamente hace algunos años la importacion del ópio.

Se dice que hay tambien en Paris algunos fumadores de ópio y que han formado por algun tiempo una reunion que se dominaba: "sociedad de opiofilos." Esta sociedad tenia un libro, en el que cada individuo escribia las sensaciones que experimentaba durante el éstasis producido por el ópio.

Por si fuese cierta esta especie, creemos que es un deber nuestro insertar la relacion que hace el lord Jocelyn de sus efectos, con el objeto de retraer á los incautos que intenten gustar esta copa envenenada.

"La sonrisa estúpida, la apatía y el letargo del fumador de ópio ofrecen un cuadro todavía mas horrible que el de la embriaguez. Mueve compasion el ver la palidez de las mejillas y la mirada sombría de los que se entregan á tan reprensible vicio. Las tiendas destinadas al despacho del ópio, ocupan una calle situada en la parte céntrica de la poblacion, donde acuden por la noche despues de concluido el trabajo un gran número de desgraciados chinos á satisfacer su abominable pasion. Las piezas donde descansan y fuman están rodeadas de sofases, en cuyo respaldo re-

clinan la cabeza; las mas veces hay en estos establecimientos una sala separada y destinada al juego. El que es nuevo en este oficio se satisface con fumar una ó dos pipas; pero el que está habituado puede fumar por espacio de algunas horas. Al lado de cada sofá hay una pequeña lámpara para encender el ópio mientras el fumador aspira su humo; y siendo bastante difícil llenar y encender convenientemente la pipa, hay por lo comun un sirviente al lado del fumador para ayudarle en estas operaciones.

Algunos dias de tan nocivo placer, y principalmente si se abusa de él, bastan para dar á la cara una palidez morbosa y cierto aire sombrío á los ojos. En el espacio de algunos meses y aun de algunas semanas, un hombre sano y de mediana inteligencia se convierte en idiota y queda reducido á un esqueleto. No se puede expresar suficientemente la angustia que sufren estos desgraciados, si despues de estar habituados por mucho tiempo á hacer uso de este veneno se ven privados de él; y puede decirse que solo en los momentos en que gozan hasta cierto grado de su funesto influjo, parecen reasumirse sus facultades vitales. Á las 9 de la noche, y en las malhadadas casas que he hablado antes, pueden verse estas tristes victimas en todos los diversos estados que resultan de la embriaguez del ópio. Unos entran casi desalentados, anhelando satisfacer la terrible necesidad que á duras penas han podido vencer durante el dia; otros alegres, ya por efecto de haber fumado una pipa, riendo y hablando sin cordura, mientras que en el sofá indolente reposan otros desgraciados inmóviles y abatidos sonriéndose como idiotas trastornados por efecto del veneno, en términos de "no poder prestar atencion á lo que pasa á su alrededor, y estasiados completamente en su abominable placer. La última escena de esta tragedia se representa comunmente en una pieza separada de la casa, una verdadera mansión de muertos, donde se hallan tensos y rígidos como cadáveres los que han logrado este grado de éstasis que se proporcionan con el humo del ópio, imagen del sueño eterno á que los ha de conducir su execrable vicio."

Debo añadir, para completar tan triste cuadro, que la pasion del ópio es mucho mas irresistible que la de los alcoholes. Luego que se ha gustado, es imposible evadirse, pues la voluntad y la resistencia moral quedan completamente enervadas y sobreviene poco á poco el idiotismo; y no son menos graves los males que en lo físico produce tan detestable pasion, pues ocasiona una constante anorexia y una constuncion general lenta, pero inevitable; de manera que no hay muerte mas terrible que la de un fuma-

dor de ópio.—(Memorias de la Sociedad Económica de la Habana.)

EJEMPLO DE SOBRIEDAD.

HABIA en el Condado de Essex (Inglaterra) el siglo pasado, un molinero reputado por el mayor gloton del Condado. A la edad de 50 años se hallaba á consecuencia de su glotonería, estremamente grueso, pesado para el trabajo incapaz de soportar la menor fatiga, y en un estado habitual de debilidad y enfermedad.

Por una feliz casualidad llegó á sus manos una traduccion inglesa de la obra del medico veneciano Cornaro, titulada: *De la sobriedad y sus ventajas*. Produjo en él tan benéfico su lectura, que se determinó á establecer una reforma absoluta, y conoció perfectamente que la intemperancia es tan contraria á la salud como nociva á la salud. Redujo su alimento á una libra de harina desleada en leche y algunas yemas de huevo, con lo que hacia un *pudding* y solamente bebia agua. Despues de algunos meses de este régimen, vió con admiracion disminuir su gordura, desaparecer sus enfermedades, y se encontró en estado de continuar sus fatigas y de hacer largos viajes á pie. Quiso eschar aun mas su abstinencia, y para esto omitió los huevos en el *pudding*, y algunos dias despues la leche; reduciéndose entonces su alimento á un poco de harina cocida en agua con sal. El Dr. Franklin que refiere este hecho, vió á este molinero en su vejez; estaba sano, vigoroso, y con buen color en el rostro.

Este mismo doctor cita el ejemplo de un médico alemán, llamado Hembly. Hasta la edad de 69 años habia comido y bebido con exceso. Con la salud perdida, la memoria alterada, sus facultades intelectuales estinguídas, se habia amenazado de una muerte próxima. Cambió de método en el comer y observó el siguiente: se desayunaba con una taza de café con leche y media torta regular de pan; y comia alternativamente con cuatro viandas: un dia un poco de arroz hervido, el siguiente una libra de patatas, el tercero, espinaques; y el cuarto, un pan de pan y leche; en la una solo tomaba una taza de café con pan; y en la única bebida era agua. Insensiblemente se halló muy fuerte y muy ágil, de suerte que visitaba á todos sus enfermos á pie, y todas las mañanas andaba dos ó tres leguas sin cansarse.

Franklin, cuando era muchacho impresor, quiso ensayar el mantenerse con pan; se hubiera acostumbrado á ello, si no se lo hubiese impedido su madre. A pesar de su tara milia y peñosa, se mantuvo seis semanas con una libra de pan al dia, sin beber mas que agua, y observando en sí mismo debilidad alguna.

(Traducción para el Museo.)

RESEÑA BIOGRAFICA

DED OÑA MARIA NAPOLEONA ALBINI DE VELLANI.

Era excelente actriz, celebrada con entusiasmo en las principales ciudades de Europa y América, como lo acreditan varios artículos insertos en *La Revue Musical* de París, en el *Velicifero* de Nápoles, y en otros periódicos de Madrid, de Barcelona y de México. Nació en Módena á fines de 1808, oriunda de una familia ilustre; habiendo sido su padre uno de los primeros y mas ricos comerciantes de aquella ciudad.

Puede asegurarse que la Sra. Albiní comenzó su carrera artística á la edad de trece años, estrenándose en un teatro de aficionados que por aquella época existía en Parma; en el que siguió luciendo su habilidad ya entonces sobresaliente, hasta que su reputación, extendiéndose por toda Italia, sorprendió agradablemente á los mas acreditados maestros y á los directores de los mejores teatros, que desde luego desearon contrarla.

La Sra. Albiní, que al principio desdénó las ras ventajosas proposiciones, rehusando seguir el consejo de sus mas íntimos amigos, y el de otras personas sensatas que la instaban á que cediese, abrazando una carrera en la que con el tiempo podia adquirir gran gloria, tuvo al fin que ceder, obligada por la fuerza imperiosa de las circunstancias, que constantemente trastornan nuestros mas firmes propósitos.

Contratóse en efecto en 1823 para el teatro de Mantua, donde fué muy aplaudida; lo mismo que en el Comunal de Módena, en el Re de Milano, en el Cárcano de la propia ciudad, en el de San Venedito de Venecia, y en varios otros, en los que trabajó por temporadas, y siempre con aceptación general.

Poco después se escribió por dos años para el Principal de Barcelona, en compañía de Bonoldi y de la Remorani. Concluido su empeño ventajosamente, y coronada de laureos, pasó al teatro de la ópera italiana de París, con los célebres Galli, la Cesari, Donzelli, Bordogna y Zuchelli, en el que acreditó su nombradía, en las óperas Semiramide, Oello, Zelmira, y otras de tanto ó mas efecto.

Colmada de aplausos y precedida de la fama, llegó á Madrid, en cuyo teatro del Principe tra-

bió constantemente desde el año de 1827, hasta el de 29, con grande aceptación; habiendo tenido la gloria de ejecutar, en union de Galli, una hermosa cantata, compuesta por Piermarni, maestro del colegio de Maria Cristina, para celebrar los esposales de nuestra actual reina gobernadora.

Remplazada la Sra. Albiní por la Tosi, sin embargo de hallarse en aquella corte la Dimerli y la Lorenzane, regresó otra vez á Italia, ajustándose de consuno con la Sra. Pantanelli y el Sr. Montresore, para el teatro de la Canoveriana, á la sazón de estarse reedificando el de La Scala; trasladándose, al vencimiento de su contrato, al de Tordinone de Roma, acompañada de la Marianni. Brilló igualmente en el teatro de La Fiera de Lugo, y en el de San Carlos de Nápoles, haciendo furor en la ópera *L'Assedio de Corinto* de Rossini, y en la *Inés de Castro*, en la que tuvo la satisfacción de cantar, si no en competencia, á lo menos en compañía de la inmortal Malibran.

En los teatros citados, y en otros que no hemos querido mencionar, trabajó siempre la Sra. Albiní escriturada como *Prima Donna*, y en todos ellos mereció pronunciados aplausos, á que la ha hecho acreedora su talento poco común, tanto en la parte *cantabile*, como en la cómica, que lo es indudablemente.

En México conservó íntera su celebrad, luciendo en las óperas de mas renombre, cuales son: Norma, Pirata, Straniera, Donna del Lago, Zelmira, Johana Shor, Cenerentola, Guillermo Tell, los Normandos en París, Ana Bolena, Culperti e Montechi &c. &c.

Ahora que tenemos el gusto de haber oído en el teatro principal de la Habana su hermosa voz, y que hemos observado su gran maestría, su dignidad y finura en la acción, no dudamos que cuantos encomios la han prodigado en los periódicos de las capitales donde la han oído cantar, son justos; siendo dignos de notarse entre otros artículos que hemos leído, los redactados por Mr. Féis y por el Sr. Torelli, no tanto por su mérito literario, cuanto por el sello de imparcialidad que los recomienda.—F. G.

(El Plantel).

CARTA

Del Ilmo. Sr. D. Juan de Zárate, primer obispo de Antequera* al rey Felipe II, en que se refiere el estado en que se hallaba aquella ciudad y provincia en el año de 1544.

Muy alto y muy poderoso Señor.

Por real cédula de V. A. se me manda que le haga relacion del gobierno espiritual y temporal de este obispado de Oajaca; relacion que quisiera haber hecho de tiempos atras, y para lo que pedí licencia de pasar á la corte de V. A., é ignoro por qué se me ha negado; sin duda ha sido por causa de mis pecados que mi viage habria sido muy útil á Dios, á S. M. y á V. A.: mi conciencia habria quedado entonces satisfecha, y habria provisto muy bien á las necesidades espirituales del pais; habria asimismo tranquilizado mi espíritu hasta que hubiese obtenido este permiso, que de nuevo vuelvo á suplicar que se me otorgue. Quédolo aguardando, para que yo pueda conducirme con el celo que debo á mi rey, á mi soberano y señor legítimo.

Desde luego, en cuanto al régimen espiritual, padezo aquí grandes necesidades, porque no tengo suficiente número de sacerdotes necesarios para convertir é instruir á los naturales, y esto por dos razones: primera, porque sus habitantes son numerosísimos, y el obispado de tanta estension, que tres obispos no bastarian para administrarlo. Está cubierto de montañas escarpadas, y su poblacion compuesta de naciones diferentes, que hablan lenguas que en nada se parecen á la mexicana. La segunda razon es, porque en toda la diócesis, que comprende mas de cien leguas de terreno, solo hay dos conventos del orden de Santo Domingo, que apenas cuentan ocho religiosos. Hay provincias muy vastas y muy pobladas en que podria haber mas de doce monasterios, que no carecerian de nada, porque podrian establecerse en buen territorio sano y rico, donde todavia no ha penetrado la religion cristiana, no obstante ser este pais tan montañoso como he dicho. Uno de estos monasterios existe en la ciudad de Antequera, y el otro en la provincia de la Mixteca. Este número de re-

ligiosos es muy pequeño para abastecer á todo. Por tanto es necesario que V. M. envíe otros, y mande construir conventos, y que el obispado forme por separado una provincia aparte, porque la administracion no puede hacerse bien cuando el gobierno dista de México ochenta y aun ciento treinta leguas. Como la distancia es muy grande, se desea que los monasterios estén aproximados y casi en la llanura de Oajaca; pero es necesario fundarlos en parages donde no se haya predicado, para que pueda hacerse en todo el pais, é introducir en ellos la fe. Si se hiciera una provincia de este obispado y el provincial residiese en ella, se sacaria gran fruto; la correspondencia se estableceria de un modo conveniente, y se harian visitas continuas, lo que no podria conseguirse si solo hubiera un provincial en todo este Nuevo-Mundo.

Si se enviaren religiosos á este pais, vendria igualmente escoger sacerdotes muy celosos del servicio de Dios por la conversion y enseñanza de sus naturales, y capaces de darles buenos ejemplos. Deben por lo mismo instituirse beneficios perpetuos y buenas prebendas, por medio de las cuales puedan conseguirse emolumentos que las mantengan de una manera conveniente, para dotar curas con autoridad bastante en las poblaciones que conozcan á los que son bautizados y casados; á los que perseveran en la idolatría y conservan manchas, que sacrifican y cometen pecados abominables, puesto que la obligacion de cristianos les prescribe la de sobrevigilar á sus orejas, para conformar su conducta con los preceptos de la Iglesia. Esto no podrá hacerse mientras no haya personas que estén obligadas á tomar esta autoridad, y que informen de todo á sus prelados cuando hagan sus visitas. Dichos curas deberán obligar á los cristianos á que se presenten en una época fija, pues los religiosos dicen (y con verdad) que ellos no están obligados á tomarse es-

* Llámase hoy Oajaca, capital del Estado del mismo nombre. Juan Nuñez de Mercado, enviado á esa provincia, la conquistó en 1522. Hernán Cortés la reservó como patrimonio suyo, y se le concedió por Carlos V que tomase el título de marqués del Valle de Oajaca. Juan Nuñez Cedeño y Hermano de Ba-

dajos fundaron la ciudad de Antequera sobre el terreno de Oajaca. Erigióse en obispado en 24 de Enero de 1534. Dióse esta mitra por Cortés á Fr. Francisco de Jimenez, del orden de San Francisco, quien tuvo por sucesor en el mismo año á D. Juan Lopez de Zárate, el cual murió en 1544. *Ávila Teatro Eclesiástico de las Indias tom. 1. pág. 323.*

ta autoridad y á dar cuenta de ella. No obstante, ellos pueden convertir é instruir á los naturales para aprender los idiomas de ellos. Han compuesto dos diccionarios; uno para la lengua zapoteca, y otro para la mixteca. Por tal medio y á merced de su saber, ya han recogido grandes frutos, aunque no hayan conseguido el fin principal, que es conocer á los que son cristianos, distinguiéndolos de los que no lo son. Como se ignora el número de los rebaños del Señor y el de los animales del demonio, yo no puedo cumplir en esta parte mis deberes, y las conciencias de V. A. y de S. M. no quedarán sin cargo como la mía. Yo aseguro que no se aprovecharán de este remedio espiritual que se les ofrece, si no se hace como conviene. En efecto, existen en este obispado muchos indios que aun sacrifican al demonio y á los ídolos, como lo hacían cuando no conocían á los cristianos. Hasta hoy la religión cristiana no se ha introducido sino en la llanura; es decir, en el valle de Oajaca. Los religiosos han querido construir aquí tres ó cuatro monasterios; pero la fe no ha penetrado hasta los puntos malos, estériles y montañosos, y menos á los que están muy apartados. Por lo que respecta á mí, yo no he podido introducirla, porque, como llevo dicho, la comarca es muy vasta; y aunque anualmente hago cuantas visitas puedo, no puedo detenerme en cada población todo el tiempo que es necesario para ello, y trabajar en su conversión. Por mí mismo bautizo y he bautizado infinidad de indios; pero me es imposible ejecutar todo lo que reclaman y es indispensable para la administración de los sacramentos, existiendo poco tiempo en cada pueblo. Ni puedo pasar sino de prisa, porque los habitantes son pobres y no pueden proveer á sus necesidades. Son inclinadísimos á la grangería, y no piensan sino de ocuparse en guardar lo que poseen. Hoy no obran como en otros tiempos en que daban víveres y hacían regalos. Yo estoy pobre; y tanto, que ni aun puedo mantener á los que me acompañan. A los indios que me vienen á visitar, no pueden estar conmigo si no los mantengo; vâse sin haber comido, y mueren de debilidad en el camino. Tampoco tengo con que pagar visitantes. No se halla lo que debería dárseles, y si se halla no quieren venderlo en los lugares donde su presencia es mas necesaria; desde luego esto sucede, porque estas comarcas son mal sanas; es imposible andar á caballo, donde solo los naturales pueden penetrar sin calzado, del todo desnudos, y que desafían los mas grandes peligros.

Mil maravillas no equivalen aquí á quinientos ducados de España; y si se gastan en vino, aceite y otras cosas sin las que no podemos vivir, y que en España disfrutamos con profusión y

abundancia, resulta que solo tenemos quinientos reales; por tal motivo, repito, me es imposible ejecutar lo que convendría hacer para descargo de la conciencia de S. M. de V. A. y la mía, con los medios que hasta ahora se han puesto á mi disposición para que ejerza mi ministerio espiritual. La administración secular de esta ciudad de Antequera está de todo punto perdida, y ningún perjuicio se sentiría en abandonarla enteramente. Como aun no se han arreglado las propiedades del marques del Valle, y Oajaca es lo mismo que Antequera que le pertenecen, el virey no ha visitado esta ciudad. Sus habitantes viven en la mayor penuria, abrumados de trabajos y fatigas; y muy pocos de ellos son ricos; habría muchos si no hubiesen muerto; y como nada hay estable en este país, sus bienes se han perdido, y otros se hallan en México. La ciudad está abandonada y muy espuesta, porque en ella no hay fortalezas, ni obras algunas de defensa. Sus naturales no piensan en revolverse tanto como se cree, se escribe y dice de afuera. Finalmente, como he dicho y escrito, no debe sufrirse que Antequera sea de V. A. y Oajaca pertenezca al marques. Esta ciudad no debe tener dos señores. No les conviene á los españoles ni á los naturales, porque los primeros no pueden cultivar sino las tierras que pertenecen á los segundos. La ciudad no posee ni terrenos comunes, ni sitios exteriores, ni egidos, lo cual impide que los naturales sean tan bien tratados como debieran serlo. En efecto, es imposible que los españoles dejen de causarles daños con sus ganados, que no pueden pastar sino sobre sus terrenos. Tampoco hay inmediato á la ciudad un campo de sembradura de trigo que no pertenezca al marques, y todas las provisiones víveres que no se vendan por sus indios; todo por un precio tan alto, que nadie puede vivir en este país, que se hará inhabitable si no se provee de remedio. La ciudad está poco poblada de españoles, pues apenas llegan á treinta los que hay establecidos en ella, y aun estos buscan medios de ausentarse, y no quedará ninguno si no se le ordena bien pronto que todos los que poseen indios en la diócesis ó en la provincia, residan en la ciudad, y se les concedan los cargos de corregidor á los que moran en la misma, ó á otros que residen fuera de la diócesis. Es tambien necesario asegurar la existencia de esta ciudad, porque ya se ha hecho una de las mas importantes del país. Que tenga terrenos comunes, y que sus colonos posean casas y territorios, que puedan sembrar y cultivar, pues por nuestros pecados las vides no prueban bien en este país, aunque á gran costa y con grandes trabajos se han plantado, y esto ha sido materia de grandes pleitos con los indios y gentes del marques. La ciudad se ha establecido en este sitio por malicia y

por perjudicar al marques; intencion perversa que recae sobre los colonos. Aprovechará el marques de ellos, y los que le han tendido el lazo caerán en él, porque el número de naturales se ha aumentado. Han establecido en redor de la ciudad, y no han dejado á los españoles ningún sitio comun, ni pastos, ni abrevaderos para sus ganados, ni tierras que pudieran sembrar. Por lo respectivo á la justicia, merced á la buena administración del virey y real audiencia, Dios bendito, marcha bien. No obstante, es de mucha y urgente necesidad que un oidor venga anualmente á visitar el país y la ciudad. Cuando se entienda que habrá una visita anual de una persona de autoridad, los habitantes pondrán cuidado en el modo de manejarse; todos se aplicarán á ejercitar la justicia, en llenar sus deberes, y reparar las quebras y defectos que han causado el malestar en que se encuentran los pobres. Se conocerá por este medio lo que le conviene al país; los lugares que necesitan de jueces, se nombrarán los que fueren precisos; se economizarán grandes gastos, se evitarán las enfermedades y muertes, y accidentes que ocurren diariamente á los que cada año vienen á buscar sus nombramientos, y es necesario espeditárselo á sus oficiales. Los empleados economizarán los gastos que les causan sus viajes en el espacio de cien leguas, desde donde vienen en demanda de sus salarios, porque son pocos los que gastan mas de la suma que les proporciona el cargo de corregidor; finalmente, se verá cuáles de estos empleos son inútiles. Las personas que están investidas de estos empleos no harán mas que aumentar las vejaciones de los indios, y males que sufren para la recaudacion de tributos, porque un corregidor debe recibirlos en día señalado, para remitirlos á otros empleados que los mandan á México, y si no lo hacen se les priva del empleo. Para dar buena cuenta de su cargo y continuar en su empleo en el siguiente año, está obligado á prisionar á los indios, y no se les concede plazo sino á los que tienen encomiendas de indios. A éstos se les enseña á cultivar la tierra como en España; se les ampara en las épocas calamitosas, y se les deja algunos aprovechamientos de sus tierras para que puedan vivir de ellos.

Un pequeño pueblo puede mantener una colonia con los beneficios que se les procura dar, y cuatro pueblos de V. A. que nada cultivan, no pueden pagar un corregidor que no tiene mas objeto que encajonar y guardar emolumentos y emplear el trabajo de los indios, de quienes saca todo el mejor partido que puede, sin ocuparse de aumentar las rentas de V. A. Claramente se conocerá esto, si se pone en práctica lo que propongo, y tambien se acabará de co-

nocer que lo que aquí hace V. A. se le disminuye cada día. Comenzaba á florecer este país, y sus habitantes lo abandonaron luego que comenzaron á publicarse las providencias que han hecho bajar considerablemente el precio de las propiedades. Los trabajos han cesado, se han dispensado mayores beneficios; todos están descontentos, y cada cual solo piensa en proporcionarse la mayor suma de dinero para llevárselo.

Por lo que á mí toca, hago lo que puedo; pero es nada en comparacion de lo que debería hacer para llenar mi deber. Todos mis esfuerzos se encaminan á la conversion de los naturales é instrucción para el servicio de la Iglesia; lo he hecho con la ayuda de Dios y de S. M. La Iglesia posee todos los ornamentos necesarios de la manera mas conveniente. Dios y V. M. perdonenme lo que que haya dejado de hacer; otros sean los que digan los males que he sufrido. El clero de esta iglesia es muy numeroso, considerado en razon de los pocos débiles productos de los diezmos, que no se recaudan sino en poquísimas partes, y se les divide según las reglas de su institucion. Cuéntanse cuatro dignidades y cuatro canongias; pues los emolumentos son mediocres, así como las prebendas que designa el reglamento. Muchos eclesiásticos prefieren abandonar en los pueblos que servir en la iglesia; otros viven en México; por ejemplo, un canónigo nombrado Sanabria que ha abandonado su canongia por ser cura de aquella ciudad; para reemplazarlos, se escogerán otros hasta el número ya indicado. La iglesia cuenta un cura, un cantor ó sochantre, un sacristan, un organista y otros individuos, hasta el número referido. El servicio se hace bien; pero no como debiera ser en una catedral. Finalmente, se ejecuta lo mejor posible, atendiendo al corto número de eclesiásticos. Es preciso que el servicio se haga bien, porque esta ciudad es un lugar muy frecuentado y de tránsito para Guatemala, en el nuevo reino de León, para el Perú, puertos del mar del Sur y otros puntos, y no puede hacerse del modo conveniente si V. A. no provee el pago de los beneficios indicados en el reglamento, y manda á los oficiales que perciben los diezmos en nombre de V. A. que paguen los emolumentos y gratificaciones, como se practica en la iglesia de México, puesto que el servicio no es menos penoso en la de Antequera, y los gastos mayores, porque los víveres son mas caros aquí que en México, y las mercaderías de Castilla cuestan doble.

Por lo tocante al modo con que son los naturales tratados aquí, la conciencia de S. M. y la de V. A. pueden estar tranquilas; se hace todo lo que se puede en mejorar. No se permite alzar impuestos excesivos, ni que se les veje ó maltrate, ni menos que carguen grandes pesos

contra su voluntad; tiénesse en esto tanto cuidado, que ningun español osa maltratar á un indio, ántes por el contrario, los indios están tan protegidos, que ellos si se atreven á maltratar á los españoles: no les dan de comer sin que les paguen, y se hacen pagar bien; ni les ministran víveres sino cuando les viene en gana, y no cuando los españoles se los piden. Hay entre los indios alguaciles que se atreven á prender y amarar á los españoles, y llevarlos á esta audiencia ó á otro tribunal: muy bien saben venirse á quejar por la menor cosa, pues ven que se les dispensa mas confianza que á los españoles (aunque á la vez injustamente), y que por un maltratamiento de poca importancia hecho á un indio, se arruina al que se lo hizo. Los escesos antiguos ya no existen, y en esto están todos tan de acuerdo, que ya no puede decirse mas. Los indios son verdaderamente señores de sus propiedades; muchos son ricos y todos poseen bienes que jamás poseyeron sus antepasados; de manera que toda la plata del país se halla en sus manos, porque abarrotan todos los víveres, y los venden por precios tan esorbitantes, que es imposible vivir aquí. Una fanega de trigo vale un peso, y no se encuentra. La de maíz cuesta medio peso. Los indios no se han dedicado á cultivar los frutos de España, porque los tienen casi todos. Crian y venden ganados, cosechan la seda en tan grande cantidad, que hay un pueblo en la Mixteca donde los indios solos cosechan dos mil libras, y no pagan de tributo sino noventa pesos en *polvo de oro*. Finalmente, los indios son ricos y bien tratados, mientras que los españoles son los mas pobres y miserables de toda la comarca; todo está trastornado. Persuádase V. A. de que esta es la verdad que le escribe su servidor é indigno capellan, que jamás cesará de pedir á Dios aumente sus dias y su alto renombre, acrecentando su poderío con nuevos ramos y señorías, para honor de la santa religion é iglesia.

En México, á 30 de Mayo de 1544.

De V. A. indigno capellan y constante servidor Q. B. SS. RR. MM.—Juan de Zárate, obispo de Antequera.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Cuando llegue el caso de que continuemos publicando en el 29 tomo de esta Miscelánea los autos de fe celebrados por la Inquisicion de México, se hará solamente un extracto de lo mas notable é interesante, ó se dará á estas narraciones un interés dramático, de manera que sin alterar la verdad de los hechos, se evite el fastidio y monotonía de unas narraciones cansadas y en un idioma antiguo é incorrecto.—L. E.

EL AVE SOLA.

Sobre las ondas de la mar lejana
Flota trémulo el sol en Occidente:
Surcando errante el vespertino ambiente
Un ave sola vá.

Del aura á la corriente se abandona;
Tardo es su vuelo y negro su plumaje;
Ronco dilata su graznar salvaje,
Y sigue mas allá.

Por el árida cresta del peñasco
Discurre indiferente su mirada,
Por el blanco raudal de la cascada,
Por el llano tambien.

Aridez, ¡soledad!... pero allá, lejos,
Del sol que muere á la postrera llama,
Una selva, ó un árbol, ó una rama
Al fin sus ojos ven!

Ya la esperanza entre la niebla fria
Lánguida esclala su postrer vislumbre;
Errante, del crepúsculo á la lumbre,
Vago con un pesar.

¡Y qué! ¡a la noche de edad sombría
Solo y cansado llegará quien te ama,
Sin hallar en tus brazos esa rama
¡Laura! ó reposa!

México, 24 de Mayo de 1843.

C. COLLADO.

Un amigo es una piedra preciosa; si tenéis esta joya, guardadla como guardarias un zafiro, ó un diamante; si no la tenéis, buscadla con el afán con que se busca una esmeralda debajo de la tierra.

HAY mugeres que halagan con caricias para despedazar despues con sus desdenes. Así hay una planta cuyas hojas tienen espinas y entre ellas algunas gotas de almibar; la mariposa va á probar la miel, la hoja se cierra, y el insecto muere rabiando de dolor.

Así eres bella ¡ó joven! cubierta con ese velo de crespón, como la flor que abre su seno entre la niebla. ¡Qué bien sienta al pudor ese velo que añade al encanto de tantas gracias el atractivo del misterio!

¡POBRES idólatras! decimos, que temblaban ante una serpiente, como si fuese un Dios este reptil deforme y ponzoñoso! Tambien hay pueblos que sin ser idólatras temblan ante un tirano, como si fuera un boá divinizado.

CUANDO tiras el oro con prodigalidad, acuerdate que un dia puedes ir á la casa del avaro, que te negará las mijejas que tira á sus mastines.

MODAS.

SIN la *novedad*, á que somos tan afectos, no habria modas; y sin éstas el lujo seria de poco brillo entre nosotros. La *novedad* crea la moda y sus preceptos: tan pronto como pasa la primera, pierde su prestigio la segunda. Pero como ya es imposible que podamos producir originales, despues de tanto como se ha inventado en todos los ramos del saber y de la industria, tenemos que apelar, para hacernos *proclamar* inventores, ó para henchir nuestra bolsa, á los modelos antiguos, que desfiguramos á mansalva como mejor nos place, quitándoles y añadiéndoles á nuestro capricho, para ofrecerlos luego como producciones hijas únicamente de nosotros mismos; es decir, de nuestro talento profundo, ó de nuestra imaginacion creadora. Por esto se repiten las mismas modas como el pan nuestro de cada dia; por esto llevamos hoy barbas, llamadas á lo abencerrage, que antiguamente se respetaban, como distintivo honroso, en nuestros héroes y *grandes homes fijos-dalgo*; por esto hemos usado no ha mucho tiempo, como última moda, y usamos á la sazón, chalecos de solapa, que ya llevaron nuestros bisabuelos; por esto hemos vuelto á las botas de talon ancho, á las *casacas* sin cartera, á los pantalones de estribos, á... *Tejer y destejer*, como dice Figaró, y *vender gato por libre*, como decimos nosotros.

Todo es movimiento en este siglo, y este gran movimiento lo sostiene, lo agita la industria, que pone en circulacion considerables sumas, que en pequeñas fracciones, pasan por nuestras manos, como en el juego de prendas la sortija, ó como de *raya en raya* el horario que apunta las horas, señalándonos, cada veinte y cuatro, un dia menos de existencia.

Así pasan las modas entre nosotros, y en ningun pais son menos estables que en aquellos que son mas ricos. En París, por ejemplo; en ese *protótipo de la elegancia y del buen tono*, en ese *emporio de las ciencias y de las artes*, como alguno ha dicho, es donde tienen menos estabilidad. Apenas nacen, cuando ya otras nuevas, inventadas de antemano, salen á disputar la preferencia á las que nacieron quizá en el mismo dia, y acaso en la misma hora. Y no puede ser otra cosa en un pais, cuya principal ambicion es el orgullo; un pais que desea no necesitar de otras naciones, y que todo el mundo necesite de él; pais que todo se vuelve ta-

lleres, fábricas y establecimientos, cuyos dueños se desvelan por producir *novedades* que permutan por metálico, dando fácil salida á sus artefactos, que se van á consumir en el extranjero; pais, en fin, donde la invencion continua de nuevas modas aumenta cada dia su prosperidad y su riqueza. Así es, que nuestras tiendas se ven repletas de telas de todos dibujos y colores, de toda clase de paños, de casimires, de rasos y de tafetanes, de blondas y de muselinas; habiendo *ganado en variedad cuanto hemos perdido en nacionalidad ó españolismo*, como dice cuerdamente un apreciable escritor contemporáneo.

Pero ¿qué lamentarse de esta debilidad que ya era comun en los antiguos tiempos? Hablando Séneca de las modas y del lujo, dice, entre otras cosas, en su carta 115:—*Semejantes á los niños, y mas ridiculos que ellos, nos dejamos arrastrar por riquezas imaginarias, con una pasion tan despensiosa como estravagante. Los niños se divierten jugando con las pintadas conchas y piedrecitas que apañan á las orillas de la mar: nosotros, hombres maduros, nos enamoramos de matices y colores artificiales que estampamos en columnas de bruñido mármol, que para sostener alguna galería, hacemos traer, á costa de cuantiosas sumas, de lugares inaccesibles de Egipto, ó de otros desiertos del Africa. Admiramos paredes viejas que hemos hecho forrar con losas de mármol, conociendo, no obstante, el poco precio que tienen; y nos ocupamos en engañarnos á nosotros mismos, mas que en iluminar nuestro espíritu. Incrustando de oro y de mármoles el pavimento, las paredes y los techos de nuestras habitaciones, no hacemos otra cosa que divertirnos con ilusiones engañosas, pues que no podemos ignorar que bajo de ese oro no hay sino una madera mala y carcomida, que bastaba cambiar por otra buena y bien labrada.*—

¡No se usaban en tiempo de Isaac vestidos preciosos y perfumados, iguales á los de Esau, que Rebeca hizo poner á Jacob! ¡No enseñó Azazel á las mugeres de su época cuándo y cómo debían hacer uso de los afetes! ¡No era el antimonio el cosmético que mas se usaba entonces! ¡No se pintaban ya las cejas las jóvenes de la Siria...!

Otra pregunta se nos ocurre en este momento: ¿Quiénes tendrán mas razon, los que decla-

man furiosamente contra las modas, ó los que con grande entusiasmo las acogen y celebran? Creemos que ni los unos ni los otros. Tan ridiculo aparecerá hoy á nuestra vista quien lleve un frac, cuya hechura nos recuerde cien generaciones pasadas, como el que oprímido con un molesto corsé, vaya reventando por lucir una lavita faldirorta, y tan estrecha que parezca que se la han pegado al cuerpo con engrudo. Cada cual piensa segun su educacion y sus principios, y si unos originarian estatuas á cada inventor de una moda extravagante, otros se desgañarian encomiando el *vestido de ordenanza* que usaban sus tatarabueltos; mientras que los mas cuerdos, tomando por pauta el feliz gusto medio, saben vivir con el siglo, y no se desdennan de pagar su parte de tributo á las caprichosas y exigentes modas. Estos son, en nuestro pobre concepto, los mas sabios; porque siendo las modas consecuencia forzosa del lujo, como ya dijimos, y todo el mundo sabe, preciso es, si hemos de vivir en sociedad, que imitemos á la mayoría apartándonos de los extremos.

En balde declamaremos contra las modas. Tan antiguas como el lujo, que ya en tiempo de Salomon se ostentaba en los palacios y casas de los grandes, no perderán su dominio entre nosotros hasta tanto que, mas virtuosos, y menos superficiales y vanos, aprendamos á emplear mejor nuestras riquezas.

Quiéramos, sin embargo, que muchos jóvenes afeminados perdiesen menos tiempo en el tocador, y que se vistieran, si bien con decencia y elegancia, sin esa ridiculez y afectacion que tanto provocan la risa de las personas sensatas; seguros de que se harian así mucho mas lugar del que regularmente tienen hoy en sociedad, y de que serian mas respetados y atendidos.

Desvélese en buen hora el socio hermoso por parecer mas hermoso todavia: desvelémonos en inventar modas y afeites para tenerle siempre contento y distraido, cortando *patrones*, y coiciendo tragos: encántanos despues en los estradros, en los teatros y en las grandes concurrencias con lo rico de sus vestidos y la esbeltez de sus talles: invente un peinado cada dia, cada momento: haga ostentacion de sus diamantes y pendientes; pero los hombres...! «Los hombres solo debemos pensar en ser hombres.»

(El Plantel.)

UNA HORA DE FASTIDIO.

En una de esas horas tan lánguidas y tristes que pasan ante nosotros como sombras, como nieblas que ofuscan nuestra mente, abrí por casualidad los *Recogimientos poéticos* de Lamar-

que y leí estas palabras: «Bendito sea el que ha inventado la escritura, esta conversacion del hombre con su propio pensamiento, este medio de aliviarse del peso de su alma! El ha evitado muchos suicidios.»

Tomé pues la pluma y dije: escribiré; aligeraré con esta ocupacion el fastidio que pesa sobre mi alma. Pero envano quise escribir; mi mente dormitaba con esa especie de sopor que tanto se parece al sueño de la muerte; porque durante esas horas de fastidio, de las que todos, cual mas, cual menos, nos hemos visto atormentados, nuestra alma sufre y pena; pero ni piensa, ni concibe; sus ideas son fantásticas, sus pensamientos quimeras y delirios; soñamos entonces estando despiertos, y no obsiante, ni disfrutamos la calma del que duerme, ni acertamos en nuestras reflexiones como el que está despierto; nuestros mismos delirios nada tienen entonces de poéticos, porque son vagos, deformes y monstruosos, son como esas figuras caprichosas y extravagantes que toman las nubes en el cielo, que cambian sin cesar al soplo de los vientos, y en las que nada hay de regularidad ni de belleza. Durante esas horas, cuyos instantes se prolongan como si fuesen siglos, nuestro pensamiento, que alguna vez brotaba del alma como un torrente, suspende su curso, y se hiela por decirlo así con la frialdad del alma; nuestras ideas, que alguna vez se abrían como una rosa, lomas y fragantes, se marchitan al nacer como se hiela comunmente en boton la flor de los almendros; porque nace esta flor en nuestros climas frios antes de que la primavera la abrigue y con suave calor la vivifique.

¡Triste situacion á la que nos reduce el tedio de la vida! Huimos de la sociedad para concentrarnos en nosotros mismos, y allí precisamente en nuestro corazon está el fastidio, como una vibora que duerme y á la que no osamos acercarnos porque despierta, muerde y empozoña al que la toca. Quedamos pues aislados del resto de los hombres, inmóviles y tristes en la soledad de la vida, como aquella muger que se transformó en estatua en el desierto. ¡Qué pensamiento podrá brotar entonces de una alma empedernida! Seria preciso repetir el milagro de Moises para hacer que manase una fuente de una roca.

La melancolia es el deleite que gozamos pensando en nuestras penas; pero ni aun este triste consuelo queda al hombre cuando el fastidio lo devora; las aficciones, los dolores del alma agitan el corazon y lo conmueven, cuando son vivos y punzan como espinas; pero hay un dolor letárgico que anonada el espíritu, y lo reduce á una languidez mas triste que la muerte; nuestra alma desfallece cansada de sufrir, como se rinde el cuerpo muchas veces agobiado por las fatigas

y trabajos. Es envano entonces escitar á nuestro espíritu á que medite y piense; mas facil seria hacer que los árboles de nuestros vergeles dieran flores y frutos cuando están cubiertos con las escarchas del invierno, cuando desnudos de hojas no circula en sus ramos el jugo que los nutre y vivifica. Es preciso que nuestra alma tenga tambien como las plantas sus horas de invierno y soñolencia en las que todo sea inaccion, en las que quede seca y árida como los árboles que el cierzo desnuda de su follaje y de sus flores.

¡De qué elevacion es capaz nuestro espíritu agobiado con el peso de la desgracia, desgarrado por el huracan del infortunio, como el águila que baja de los cielos, destrozadas sus alas por el soplo de la tempestad que la arrebató cuando volaba entre las nubes! Aquella ave que antes se levantaba hasta los cielos, se retirará ahorrista á la soledad, y graznará solitaria entre la selva.

Cuando las aves mudan de plumage, se entristecen, se esconden y emudecen; no atraviesan entonces por el cielo haciendo centellear sus plumas de oro y de la luz del alba ó del crepúsculo. No hacen resonar entonces las selvas con acenitos de melodia, con trinos armoniosos; en el silencio de la soledad pasan sus dias de muda, y el amor mismo no tiene entonces para ellas atractivos. Así tambien nuestro espíritu tiene como las aves algunos dias de muda, algunas horas de mudéz y de tristeza, durante las que busca la soledad, como único asilo, como único refugio en su infortunio.

Hay pesares que desconciertan en nuestra alma todas las armonias de nuestras ideas, y toda la belleza de nuestros pensamientos. El dolor como una mano de hierro destroza nuestro corazon como si un salvaje tomase entre sus manos una lira, y rompiese ó destemplase sus cuerdas melodiosas; ¿qué concierto, ni qué armonía podrían salir entonces de ese instrumento despedazado por una mano bárbara? Si lo pulsais, no saldrán de él sino sonidos roncros y voces destempladas.

¡Horrible situacion aquella, durante la que entramos á nuestra alma con la meditacion, como bajaríamos al fondo de una tumba para no hallar en ella mas que polvo y huesos descartados! Así quedan entonces en nuestra alma los pensamientos, áridos como los restos de un cadáver, frios como la ceniza de los muertos...

Alguna vez ha sido para nosotros nuestra alma, como una antorcha que nos deslumbraba con su claridad, y que derramaba su esplendor por todas partes; y hay dias en que se estingue aquella antorcha como se apaga un fuego fútil, y nuestra razon no es sino una lámpara, cuya luz es débil y pálida, y á cuya triste claridad

todos los objetos se nos presentan oscuros y deformes. El ciclo con sus astros y luceros, se ofusca á nuestra vista; la tristeza de nuestro corazon se estiende sobre toda la tierra como una densa niebla, y no hay ya entonces para nosotros en la naturaleza, ni belleza, ni encantos, ni atractivo. El dolor ha pasado por nuestra alma como una llama que todo lo devora, y todo lo ha consumido con su incendio, nuestras ideas y nuestros pensamientos, nuestros afectos y aun nuestras mismas penas; así cuando se incendia un bosque todo se quema en él, los arbustos engalanados con flores brillantísimas, los árboles, cuyos brazos se doblegaban con el peso de frutos deliciosos, y los cardos y zarzas cubiertos con espigas.

Cuando el invierno yela nuestros campos, cuando ya no hay en ellos ni insectos que murmulen, ni flores que derramen su fragancia, emigran á otros países los pájaros canoros, y entre la bruma que el sol apenas ilumina con triste claridad, pasan aquellas aves volando á otras regiones. ¡Ojalá si así pudiese emigrar nuestra alma, cuando ya no queda para ella sobre la tierra ni goces, ni esperanzas, ni armonias, ni deleites, ni conmociones, ni inspiracion, sino el fastidio del corazon y el tedio de la vida.—L. E.

ANÉCDOTA DE FRANKLIN.

A los pocos dias de haber comenzado Franklin su carrera de periodista, hizo algunas observaciones algo severas sobre la conducta de un empleado público y muy influente de Filadelfia. Semejante conducta le atrajo la censura de varios de sus amigos, y uno de ellos fué á verlo y á decirle. Franklin escuchó con paciencia la repulsa; y despues suplicó á su oficioso amigo que fuese á cenar con él al siguiente dia, trayéndose consigo en clase de convidado al sugeto que tanto se habla piedad por su artículo. Fueron en efecto: criticóse la conducta de Franklin, y se le dieron algunos consejos *saludables*. Anuncióse la cena, entraron en el comedor, sentáronse á la mesa, destapáronse los platos... no contenian sino algunas tortas hechas de serrín... y el único licor que se sirvió fué agua fria en tarros sumamente ordinarios.

Los convidados trataron en vano de probar las tortillas: solo Franklin pudo comerlas. Entonces, viendo el embrazo y la dificultad de sus convidados, se levantó de su asiento y les dirigió estas palabras: *Amigos míos, cualquiera hombre que, como yo, pueda subsistir con tortillas de serrín y agua fresca, no necesitará del patrocinio de nadie.*

LA CAVERNA DE CASTLE-TOWN.

Relacion de un viajero.

HALLABANE en aquella parte de la Inglaterra que se llama el condado de Derby, á ciento sesenta millas de Londres, prócsimo al fin de mi viaje, despues de haber atravesado muchos valles y montañas. Las que me quedaban que repar eran aun mas breñosas y escarpadas. Tras estas descubri otras todavía mas altas, y cuyas cimas despojadas de árboles solo están cubiertas de arbustos y malezas; de manera que á gran distancia distingui los ganados que pastaban en su falda.

Llegado á la cumbre de una de estas montañas, percibí de repente á mis piés un valle encantador, entreteñido de riachuelos y rodeado de todos lados por altas colinas. En el fondo de este valle está situada Castle-Town, ciudad pequeña cuyas habitaciones parecen anunciar la miseria.

Un camino estrecho que serpentea sobre el declive de la montaña me condujo al fondo del valle y hasta una de las calles de Castle-Town; allí me detuve un momento en un meson para refrescarme un poco, y despues tomé el camino de la caverna, guiado á su entrada por un arroyuelo que va hacia ella, despues de haber atravesado la ciudad. De cuando en cuando suspendia mis pasos para entregarme á los sentimientos que escitaba en mi alma la singularidad del espectáculo que se desarrollaba á mis ojos. Entre dos bosques del mas hermoso verdor veia elevarse hasta las nubes una roca enorme, llevando en su punta las ruinosas torres de un antiguo castillo. Á sus piés se abría una vasta caverna, que presentaba á la vista herida por el brillante sol del Mediodía, un espantoso abismo de tinieblas.

Poco despues apareció en esta abertura un hombre que me preguntó si quería bajar, yo le seguí. El camino se inclinaba por una pendiente poco rápida, y la luz que venia de la entrada se perdía por grados en una claridad sombría semejante á la del crepúsculo de una tarde de otoño.

Cuando nos hubimos internado algunos pasos, me sorprendí, viendo á la derecha, bajo la bóveda inmensa de la roca, una aldea subterránea. Era día de fiesta. Los habitantes alegres descansaban de los trabajos de la víspera, sentados con sus hijos en el umbral de sus chozas,

yo adiviné sus ocupaciones á la vista de las grandes ruedas que noté esparcidas por todos lados, destinadas á la fábrica de jarcias, con cuya industria este pueblo tenebroso gana su miserable subsistencia.

Á medida que nos adelantábamos, la abertura que dejaba entrar hasta nosotros la debilitada claridad del día, parecia estrecharse mas y mas. Poco despues la veíamos apenas bajo la figura de una grieta, y los rayos del sol que la atravesaban tenían de sombríos colores el humo que todavía percibíamos de las cañas de la aldea.

La oscuridad aumentaba rápidamente á cada paso. En fin, las tinieblas y la roca nos rodearon casi enteramente. Mi guía que iba delante de mí, abrió entonces una puertecita que conducía á una choza ahondada en la roca, de la cual salió una vieja con dos hachones que nos presentó: cada uno tomó el suyo y continuamos nuestra marcha, compelidos á ir sumamente agachados durante un largo espacio del camino. Pero cuál fué mi sorpresa cuando al cabo de este estrecho paso, vi de improviso ensancharse la caverna al rededor de mí, y la bóveda elevarse á una altura que la luz de nuestras hachas no alcanzaba á iluminar! Atravesé en silencio esta vasta estension, como un viajero extraviado bajo un cielo tenebroso. Llegamos á la orilla de un estanque bastante ancho, cuyas ondas taciturnas esclarecidas por la pálida luz de nuestras hachas, producian un reverbero mas horroroso que las tinieblas mismas. Á la orilla habia atada una barquilla, mi guía me hizo entrar en ella, y habiéndose sumergido en el agua hasta la cintura, pasó sobre sus hombros la cuerda que detenia la canoa y se puso á arastrarla tras sí.

La calma del imperio de los muertos reinaba al rededor de nosotros. Á medida que nos adelantábamos veia delante de mí bajar poco á poco la roca como una negra nube que descendía con lentitud sobre la tierra. En este momento me gritó el guía que me tendiese de espaldas: acababa de ponerme en esta postura, cuando me encontré en una parte de la bóveda tan baja, que acostado como iba, apenas podia tener el hachon derecho á mi lado. Sepultado en esta especie de tumba, confieso que las ideas del Aqueronte y del fatal Nauclero, comenza-

ban á parecerme menos fabulosas. Como si fuese un sueño de aquellos que se presentan con todas las apariencias de la realidad, creí que aborlaba en tal momento á la sombría mansion del Tártaro, condenado por un nuevo destino á llevar por mí mismo mi antorcha funeral. Felizmente estas tristes ilusiones no fueron de larga duracion; el estrecho fué bien pronto atravesado, y yo desembarqué sano y salvo en la orilla opuesta.

La bóveda suspendida sobre nuestras cabezas, nos presentó todavía en nuestra marcha las mismas irregularidades, ya elevándose á una altura prodigiosa, ya bajándose de repente como si intentase cerrarnos el paso. Veia al rededor de mí una gran cantidad de plantas y de animales petrificados; pero el temor de que nuestras hachas se consumiesen, me hizo perder el deseo que habria tenido en cualquiera otra ocasion, de emplear algun tiempo en examinar las maravillas que adornaban la tenebrosa y magnífica mansion que recorria.

Otro estanque que se presentó á nuestra vista me hizo creer que habíamos llegado al término de nuestro viaje, porque no veia en el ningun bated para atravesarlo: era menos ancho que el primero, pues se podia percibir la otra orilla: mi guía me tomó sobre sus espaldas, y me pasó al lado opuesto sin el menor accidente.

Un poco mas lejos encontramos un arroyuelo, cuya corriente se dirigia á lo largo del camino que debíamos seguir. Este camino era húmedo, resbaladizo, y en algunas partes tan estrecho, que apenas cabian nuestros piés el uno delante del otro. No obstante estas incomodidades, seguí gustoso el curso del agua subterránea. Todos los objetos que yo descubria en este oscuro y silencioso imperio me parecian extraordinarios y dignos de admiracion. Mi espíritu se estraviaba en un caos de pensamientos sublimes, medrosos y agradables, cuando un murmullo armonioso hirió mis oidos.

Mandé á mi guía que se parase y le pregunté dónde venian aquellos sonidos que mi imaginacion preocupada encontraba tan lisongeros. Respondiéndome que bien pronto lo sabria por mí mismo. Á cada paso parecia distinguirse lo que este murmullo tenia de vago y confuso en lo lejano. Poco despues oí un ruido sordo semejante al que produce la lluvia: efectivamente no era otra cosa, sino una pequeña cascada, cuyas aguas divididas al despeñarse, caian en espeso rocío, y cuyo ruido prolongado de eco en eco, bajo la silenciosa bóveda, formaba por la mezcla de estos retumbos, una serie de sonidos llenos de armonía. Veia brillar estas gotas como diamantes á la luz de nuestras hachas; pero no me atreví á acercarme á ellas, temiendo que apagasen nuestras luces, y nos viésemos precisados

á buscar, acaso inútilmente, nuestras huellas en el seno de una profunda oscuridad.

De distancia en distancia observaba en las paredes de la roca, anchas aberturas, que conducian sin duda á nuevas cavernas, fijaba en ellas mi vista con el pesar de no poder recorrerlas. Mi guía para proporcionarme una sorpresa agradable, me dijo que cerrase los ojos y me dejase conducir por él: le di mi hachon y lo seguí ciegamente, temiéndolo por el vestido. Me detuvo de repente: mis párpados se abrieron, y me encuentro como encantado en un augusto templo, cuya nave irregularmente suspensa sobre enormes columnas, tenia la soberbia hermosura de las grandes obras de la naturaleza. No pude contenerme, me hinqué y adoré la Magestad Eterna en este templo subterráneo que parecia haberse erigido ella misma.

Volví con pesar de mí éstasis para continuar nuestra ruta, que ya no debia ser larga. El fiel arroyo nos condujo á la estremidad de la caverna, donde la roca se baja por la última vez. La bóveda se confunde con las aguas y se cierra tan estrechamente, que el mas intrépido viajero no puede atravesar los límites que en este lugar ha prescrito á su curiosidad.

Retrocédiamos, pues, sobre nuestros pasos y me imaginaba que era para seguir el mismo camino que habíamos recorrido; pero luego ví á mi guía internarse á la izquierda por una de las aberturas laterales de la roca. Me previno que experimentarí una gran fatiga en esta nueva marcha, y que era necesario me resolviese, si quería seguirle, á arrastrarme por tierra durante un cierto espacio, bajo una roca que casi se unia al suelo. Me encontré firme en el proyecto de acompañarlo y así solo me encargó mucho cuidado con mi hachon.

Nos fué preciso andar largo tiempo con piés y manos en una arena húmeda, y algunas veces era tan estrecho el paso, que apenas podíamos deslizarnos por él. Cuando me levanté de esta penosa actitud, se ofreció luego á mi vista una colina escarpada, cuya cima parecia perderse como una nube entre los cantos oscuros de las rocas que la coronaban. Su falda era tan resbaladiza por su humedad, que yo caía á cada paso que daba para prepararla: mi guía, mas diestro en este ejercicio me tomó por la mano, y así logramos llegar hasta la cima. Me estreñecia al solo aspecto de los grandes precipicios que me rodeaban por todos lados. Mi conductor me hizo sentar allí y me suplicó que lo aguardase. Partió inmediatamente, dejándome en esta soledad: lo vi bajar rápidamente la colina, y á poco mis ojos lo perdieron; luego ví parecer su hacha, que brillaba como una chispa en un abismo tenebroso.

Despues de haberme dejado gozar un mo-

